

educada en el castillo de Carnoules, entre un padre lisiado por la caída de un caballo, y tres mujeres, su madre, su tía y su abuela, que son tres verdaderas monjas laicas. Ella misma estaba destinada á entrar en un convento, cuando el *krach* de la Unión General arruinó completamente á los Carnoules, pero los arruinó hasta el último acre de tierra, hasta la última piedra del castillo. Las tres institutivas de Juana, absolutamente desarmadas ante semejante acontecimiento, esperaron que las arrojasen de sus dominios, con el lisiado y la joven, cuando yo me presenté para pedir la mano de ésta. Instalado hacía pocos meses en la comuna, al frente de una explotación minera, había observado este melancólico y extático rostro de santa, y enamorádome de él locamente.

La víspera del *krach*, me hubiesen puesto á la puerta del castillo, riéndose en mi cara. Después de la ruina, me aceptaron: era rico, más que rico, puesto que, todos los años, mi trabajo valía una fortuna. Carnoules fué rescatado, las deudas fueron pagadas, aseguré, por medio de un contrato, una renta suficiente al inválido y á las tres ancianas y Juana fué mi mujer.

No necesito decir que la Sra. Aubry era religiosa. Profesaba, cuando se casó, un culto exaltado y violento por Santa Teresa ó por María-Margarita. El matrimonio dió á esta religión un derivativo que la calmó durante algún tiempo; porque—lo que, dicen los médicos, no es raro ni sorprendente—esta joven, tan severamente educada, me manifestó, una vez iniciada, un amor ardoroso. Fué verdaderamente mi amada durante los dos primeros años de mi matrimonio. Yo la quise con toda la locura de mi espíritu. Más tarde, como toda pasión humana, el tiempo amortiguó este frenesí. Entonces fuí menos el enamorado y más el amigo de mi mujer. Ella sufrió, probablemente, ante este cambio; pero como era muy orgullosa y muy dulce á la vez, no me manifestó su dolor, y yo no supe ver nada. Únicamente aumentó su devoción; volvió á las frecuentes prácticas que había abandonado un poco, durante nuestros meses de amor exagerado. Aún hizo algunas tentativas de proselitismo en rededor suyo, enviando á nuestros criados á confesarse, y trató discretamente de convertirme.

Yo soy ateo. No creo en nada, aparte de las fuerzas físicas cuyos efectos veo y que me pare-

cen explicar de un modo muy suficiente la naturaleza. Aun poseo—lo que es bastante pueril, lo confieso—cierta inclinación á burlarme de las manifestaciones religiosas. La vista de los signos ceremoniosos y decorativos de la devoción, me provoca una irritación singular que me sugiere palabras ofensivas, gestos de desprecio que no puedo contener y que me han merecido, por parte de muchas personas, la reputación [inmerecida, según creo] de hombre mal educado é intolerante.

La noche de bodas, cuando ví á Juana, medio desvestida, arrodillarse al borde de la cama y orar durante bastante tiempo, experimenté algo de malestar y descontento; pero temía demasiado disgustarla, y me violenté los días siguientes, hasta tener la egoísta certidumbre de ser amado. Entonces inauguré una serie de burlas, más ó menos espirituales, de actitudes desdeñosas ó libertinas, en tanto que mi mujer oraba por la noche ó por la mañana. Ella, sumamente dulce y firme, prosiguió como si nada advirtiese. En el fondo, me veía obligado á admirar esta constancia, que resistió á todos los ataques y que no parecía disminuir.

Los días, los meses, los años, siguieron su curso..... Mi mujer llegaba ya á los treinta y dos años; yo acababa de cumplir cuarenta. La calma de los sentidos había sucedido en mí á los ardores de la juventud; amaba á Juana con un afecto sólido, casi exento de deseos. Me hacía muy dichoso; y esta dicha tranquila del hogar, unida á las preocupaciones más graves de mis negocios, me impedían ver que una causa misteriosa quebrantaba por dosis insensibles el vigor y la salud de esta mujer, joven aún, siempre hermosa, pero minada por una enfermedad cuyos progresos medía todo el mundo, excepto yo. Obscuramente me sentía tranquilizado por la fe religiosa y por esta rectitud de alma, este horror á la hipocresía y á la mentira, que eran el fondo de su naturaleza.

Pero, de esto hace cerca de tres meses, se produjo en los actos de la Sra. Aubry un cambio notable, tan notable, que llamó mi atención, no obstante mi indiferencia. Mi mujer, que desde hacía algunos años parecía resignada al papel de mi compañera y amiga, me manifestó, por medio de signos evidentes, que deseaba algo más que simpatía..... En este momento, mi felicidad y